



UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE
MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS
Y EMPRESARIALES

**MARSHALL, LOS WEBB Y SCHUMPETER EN ESTADOS UNIDOS:
DESCUBRIENDO UNA NUEVA REALIDAD ECONÓMICA**

José Luis Ramos Gorostiza

Working Papers / Documentos de Trabajo. ISSN: 2255-5471
DT CCEE-1402
Junio 2014

<http://eprints.ucm.es/26165/>

Aviso para autores y normas de estilo: <http://economicasyempresariales.ucm.es/working-papers-ccee>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons: Reconocimiento - No comercial.

MARSHALL, THE WEBBS, AND SCHUMPETER IN THE UNITED STATES: DISCOVERING A NEW ECONOMIC REALITY

Abstract:

Marshall, Schumpeter, and the Webbs, three great names in the history of economic thought, traveled to the United States at different times of the so-called Golden Age of capitalism, between the beginning of the last third of the nineteenth century and the Great War. This period coincided with the ascent of the United States to the undisputed world economic leadership. Marshall visited the young country in 1875, the Webbs in 1898, and Schumpeter in 1913. The three discovered a new economic reality that contrasted with the old Europe, but the differences in perception were remarkable, because they visited the country in three different times of its rapid and intense process of transformation from an agrarian and rural society to an industrial and urban one, and also because they watched this new economic reality from very disparate looks.

Keywords: Marshall, Webb, Schumpeter, United States, Golden Age.

MARSHALL, LOS WEBB Y SCHUMPETER EN ESTADOS UNIDOS: DESCUBRIENDO UNA NUEVA REALIDAD ECONÓMICA

Resumen:

Marshall, los Webb y Schumpeter, tres grandes nombres de la historia del pensamiento económico, viajaron a Estados Unidos en distintos momentos de la llamada Época Dorada del capitalismo, entre comienzos del último tercio del siglo XIX y la Gran Guerra. Este periodo coincidió con la fase de ascenso de Estados Unidos al indiscutible liderazgo económico internacional, tras una rápida e intensa transformación desde una sociedad aún esencialmente agraria y rural a otra industrial y urbana. Marshall visitó Estados Unidos en 1875, los Webb en 1898, y Schumpeter en 1913. Los tres descubrieron una nueva realidad económica que contrastaba con la vieja Europa, pero las diferencias de percepción fueron notables, tanto porque visitaron el país en tres momentos distintos de su rápido proceso de transformación, como porque contemplaron la novedosa realidad que se les presentaba desde tres miradas bien dispares.

Palabras clave: Marshall, Webb, Schumpeter, Estados Unidos, Época Dorada.

Materia: Historia del Pensamiento Económico

JEL: B00, B10, B30.

José Luis Ramos Gorostiza

Departamento de Historia e Instituciones Económicas I

Facultad de CC. Económicas y Empresariales

Universidad Complutense de Madrid

Campus de Somosaguas, 28223 Pozuelo de Alarcón

(Spain)

E-mail: ramos@ccee.ucm.es

Junio 2014 (fecha de recepción)

Este trabajo ha sido editado por la Biblioteca de la Facultad de CC Económicas y Empresariales de la UCM, de acuerdo con los requisitos de edición que figuran en la Web institucional. Las opiniones expresadas en este documento son de exclusiva responsabilidad de los autores.

1. Introducción

Marshall, los Webb y Schumpeter, tres grandes nombres de la historia del pensamiento económico de orientación teórica muy dispar, viajaron a Estados Unidos en distintos momentos de la llamada *Época Dorada* del capitalismo, entre comienzos del último tercio del siglo XIX y la Gran Guerra. Dicho periodo estuvo caracterizado por la implantación del patrón oro y el desarrollo de la primera globalización, con un notable crecimiento de los movimientos internacionales de mercancías, personas y capitales, y –por tanto– con un significativo aumento de la interdependencia general. Fue también la etapa de difusión de la Segunda Revolución Industrial (con innovaciones tales como la electricidad, la producción masiva de acero barato, la química de tintes sintéticos o el automóvil), así como la época del surgimiento de la gran empresa moderna, que traería aparejados múltiples y significativos cambios en el ámbito empresarial. Y finalmente, coincidió asimismo con la fase de ascenso de Estados Unidos al indiscutible liderazgo económico internacional, tras una rápida e intensa transformación desde una sociedad aún esencialmente agraria y rural a otra industrial y urbana.

Marshall, futuro fundador de la escuela neoclásica, viajó a Estados Unidos en el verano de 1875, cuando el Reino Unido aún mantenía la preeminencia económica a nivel mundial, aunque empezaba justo entonces un proceso de progresivo declive relativo. Por su parte, Beatrice y Sidney Webb, máximos representantes del socialismo fabiano, lo hicieron en 1898, cuando los Estados Unidos marcaban ya claramente la pauta en ámbitos tales como el tecnológico, el industrial, el empresarial o el urbano. Y Schumpeter, el profeta de la innovación, lo haría en 1913, justo antes de que la Primera Guerra Mundial hiciese saltar por los aires el amplio grado de integración económica internacional logrado durante la *belle époque*, empujando a los Estados Unidos –convertidos ya en verdadero símbolo del éxito económico– hacia un protagonismo político que hasta entonces no habían tenido.

En su viaje a la gran potencia emergente, Marshall, los Webb y Schumpeter descubrieron una nueva realidad económica, aunque su gran dinamismo y su contraste con la vieja Europa no llamaron la atención de todos del mismo modo ni en la misma medida. Hubo especialmente diferencias de percepción: por un lado porque, como se ha indicado, visitaron el país en tres momentos distintos del rápido proceso de transformación estadounidense; y por otro, porque contemplaron la novedosa realidad que se les presentaba desde tres miradas bien dispares. Marshall quería analizar la política comercial estadounidense y ver hacia donde

caminaba el fuerte crecimiento industrial y comercial del país, un moderno capitalismo caracterizado por el cambio constante y el incremento continuado de la productividad que podría permitir mejoras sociales generalizadas. Los Webb, interesados en ese momento en la administración local, seguramente también buscaron señales del progresivo y “natural” avance hacia el socialismo, que habría de dejarse notar en una economía cada vez menos dominada por el mercado y la competencia. Y Schumpeter –que acababa de publicar su célebre *Teoría del desenvolvimiento económico* (1911)– debió fijarse sobre todo en cómo la realidad de la gran empresa iba minando la figura “heroica” del empresario innovador que él mismo había colocado en el centro del ciclo económico alcista.

2. La visita de Marshall a los Estados Unidos en 1875

Alfred Marshall viajó a Estados Unidos –donde pasaría casi cuatro meses– cuando todavía era un joven soltero de treinta y tres años. Aunque parece que ya por entonces –al mismo tiempo que los tres protagonistas de la llamada “revolución marginal”– Marshall estaba al tanto de la importancia del análisis de la utilidad marginal, lo cierto es que no publicó nada al respecto en aquellos años. Por tanto, aún estaba muy lejos de convertirse, gracias a sus *Principios de Economía* (1890), en el gran referente de la nueva economía marginalista y el iniciador de la tradición neoclásica. Hacia 1873 –según Keynes– sólo había escrito la parte sustancial de un ensayo titulado *La teoría pura del comercio exterior y los valores domésticos*, que no sería impreso hasta 1879 junto con otros escritos relacionados de 1875-77 que formaban parte de un manuscrito titulado *La teoría del comercio exterior*. Y ello fue gracias al empeño de Sidgwick, que hizo circular una edición privada en dos volúmenes separados, *La teoría pura del comercio exterior* y *La teoría pura de los valores domésticos*¹.

En 1874, a la muerte de su tío rico de Australia Charles Henry Marshall, quien previamente le había financiado sus estudios universitarios de matemáticas en Cambridge, el joven Alfred recibió 250 libras como herencia². Decidió emplearlas en realizar un largo viaje por Estados Unidos –un país que admiró durante toda su vida– con el objetivo fundamental de estudiar, de primera mano, la industria norteamericana y la política proteccionista del país³. Por un lado, quizá con ello podría completar un libro sobre comercio exterior que le

¹ Keynes (1961[1933]: 156).

² Groenewegen (1996: 278).

³ Marshall (1977, II: 3).

permitiera dar un salto importante en su carrera académica, del mismo modo que Jevons había hecho con *El problema del carbón* (1865). Por otro lado, la protección había formado parte de la política gubernamental estadounidense desde los tiempos de Alexander Hamilton, e influyentes autores como Henry Carey –con mucho peso en la opinión popular– consideraban que los aranceles, además de proteger a la “industria naciente”, permitían mantener una elevada demanda interna para los productos domésticos y unos salarios altos para los trabajadores americanos frente a la empobrecida mano de obra fabril europea, al tiempo que reforzaban la independencia del país y protegían el empleo nacional. Dado que la prosperidad norteamericana era un hecho más que probado y que los aranceles parecían estar en la base de esa economía en expansión, la política comercial de Estados Unidos parecía un tema que merecía la pena estudiar sobre el terreno, obligando de paso a Marshall a repensar su posición librecambista aprendida de los clásicos⁴.

No obstante, las cartas y notas de viaje de Marshall denotan que sus intereses iban más allá de la mera cuestión arancelaria y en realidad eran bastante más amplios. Aunque ya en 1867, con veinticinco años, había tomado la determinación de dedicarse a la Economía – materia a la que había llegado desde sus estudios sobre Ética–, hacia mediados de la década de 1870 el joven Marshall no tenía aún muy claro cómo dirigir sus inquietudes intelectuales en este terreno, y su posición personal se movía entre la firme creencia en el valor de la competencia de mercado y el rechazo hacia los perniciosos efectos sociales que a menudo había conllevado el *laissez-faire*, sobre todo durante la Revolución Industrial. Conocedor de la tradición de la economía clásica británica y de las nuevas orientaciones del incipiente marginalismo, tenía cierta simpatía hacia el socialismo y se sentía asimismo atraído por la escuela historicista alemana y su enfoque inductivo⁵. Además, mostraba un gran interés por la filosofía y la reforma social, y también por un tema muy en boga en aquella época, el del “carácter nacional” y sus determinantes, entre los que se encontraban los condicionantes económicos⁶. Pues bien, tras regresar de su viaje, mucho más seguro de quien era y de lo que quería, Marshall abandonaría muchas de sus creencias y actitudes previas y se centraría en la elaboración sistemática de la nueva teoría económica basada en el análisis marginal⁷.

⁴ Matsuyama (2011: 3-9).

⁵ Pigou (1956: 378).

⁶ Sobre los años de formación económica de Marshall y sus inquietudes intelectuales véase Groenewegen (1995), cap. 6.

⁷ Butler (1989: 20).

Los Estados Unidos de 1875 eran, al margen de todo lo anterior, un destino extraordinariamente atractivo para cualquier viajero. El país acababa de salir de una Guerra Civil hacía sólo una década y prácticamente estaba ya completando su movimiento hacia el Oeste tras el constante desplazamiento de la “frontera” durante todo el siglo. Sin rémoras institucionales o socioculturales del pasado, podía ser visto como un gran experimento económico, político y social que en muchos aspectos marcaría la dirección de avance en el futuro. Todavía con una fuerte base agraria y un Sur muy tradicional, la manufactura estaba desarrollándose a gran velocidad en el moderno noreste industrial y algunas nuevas zonas del medio-oeste, la economía se diversificaba cada vez más, la capacidad exportadora de bienes elaborados crecía con rapidez, y la inversión exterior –especialmente británica– fluía a buen ritmo; siendo aún un país esencialmente rural, vivía un intenso proceso de transformación del territorio y de crecimiento de las ciudades; recibía constantemente una fuerte inmigración de muy diversa procedencia que –unida a la importante población de origen africano que recientemente había dejado atrás la esclavitud– podría llegar a dar problemas de cohesión nacional y conflictos sociales; asimismo, poseía un avanzado régimen democrático –analizado por Tocqueville tras su viaje de 1831-32– que despertaba al mismo tiempo curiosidad y recelo en Europa; y, finalmente, tenía un enorme potencial económico dado su inmenso tamaño, recursos naturales, riqueza agrícola y capacidad innovadora en la producción industrial. Ésta última había quedado de manifiesto en la Exposición Universal de Londres de 1851, donde Estados Unidos había mostrado la posibilidad de fabricación en serie de objetos compuestos por piezas estandarizadas e intercambiables⁸. En cualquier caso, el país se transformaba tan deprisa en lo socioeconómico que lo que vio Marshall en 1875 poco tenía que ver con las impresiones que habían podido captar algunos de los ilustres viajeros ingleses que le habían precedido, como Harriet Martineau en 1834 o Charles Dickens en 1842.

El itinerario de Marshall, realizado en un momento en que empezaba a cobrar auge el turismo transatlántico con la proliferación de guías de viaje por el país, fue muy completo⁹. Llegó a Nueva York a bordo del *Spain* el 6 de junio de 1875, cuando allí aún estaba fresco el debate sobre el patrón monetario (debido al proceso inflacionario que había tenido lugar tras la Guerra de Secesión por la sobre-emisión de dólares) y sólo dos años después del pánico financiero de 1873. No obstante, el economista inglés no se iba a interesar por ninguno de dichos aspectos, ni en sus cartas ni en sus notas.

⁸ Sobre la transformación económica estadounidense véase Licht (1995).

⁹ El capítulo 7 de la biografía de Groenewegen (1995) está dedicado a los viajes de Marshall por Europa y Estados Unidos. Pero específicamente sobre el viaje a Estados Unidos, Butler (1987).

En primer lugar se movió por Nueva Inglaterra, la zona más europea y de mayor tradición industrial, con una arquitectura que le impresionó favorablemente por su originalidad y audacia¹⁰. Estuvo en la culta y refinada Boston y en las universidades de Harvard y Yale, conoció personalmente al filósofo trascendentalista Ralph Waldo Emerson, visitó varios centros fabriles (una fábrica de órganos, otra de pianos, una manufactura de paño de algodón, etc.), y se interesó por dos comunas basadas en planteamientos utopistas (la de los Perfeccionistas de Oneida, en Nueva York, y la de los *Shakers*, en Pennsylvania¹¹). Desde allí realizó una breve incursión hacia las cataratas del Niágara y Canadá, y fue después a Chicago, nexo fundamental en el tránsito hacia el Oeste dentro de la ya fabulosa red ferroviaria estadounidense (que en buena medida se había construido con capital británico). Posteriormente, atravesó Illinois y Iowa y siguió el siguiente itinerario: Omaha (Nebraska), Cheyenne (Wyoming) –con breve desvío a Denver–, Granger (Wyoming), Ogden (Utah) –donde paró para conocer Salt Lake City–, Reno (Nevada) –visitando el pujante y violento núcleo minero de Virginia City, que vivía un *boom* de la plata–, Sacramento (California) y, por último, San Francisco. Desde este punto iniciaría su ruta de regreso, parando en la insulsa St. Louis, atravesando los distritos industriales de Indiana, Ohio y Pensilvania (con visitas a un campo petrolífero y a diversas factorías de hierro, vidrio, etc.), y finalizando en la ciudad de Filadelfia, donde pasaría varios días. El 2 de octubre, otra vez en Nueva York, se embarcó de vuelta a Inglaterra.

De su viaje quedó una larga serie de notas con detalladas observaciones sobre los más diversos aspectos (invenciones y adelantos industriales, prácticas de gestión empresarial, carácter nacional, experimentos de organización social según el ideal comunitario, salarios, esquemas de trabajo fabril, población, etc.), así como una colección de cartas con impresiones directas sobre curiosidades varias (en el hotel de la Quinta Avenida, por ejemplo, a Marshall le llamó la atención un ascensor a vapor que funcionaba sin descanso hasta la noche y la existencia de un telégrafo automático en la recepción) y muy especialmente con

¹⁰ Marshall (1996: 68-70).

¹¹ La colonia de los Perfeccionistas había sido fundada en 1848. Al margen de las ideas religiosas en las que se basaba –que, por ejemplo, permitían la poligamia–, Marshall se interesó por su organización: tenían propiedad comunal de los bienes, reuniones semanales para discutir las actividades de la comunidad, jornadas moderadas de trabajo, dieta frugal, ropas sencillas, e igualdad entre hombres y mujeres en el desempeño de tareas. En cuanto los *Shakers*, habían sido fundados en 1774 por Ann Lees Standerin, y llamaron la atención de Marshall por su combinación de trabajo manual, igualdad y sentido del compromiso, bajo un régimen de comunidad de bienes (Butler, 1989: 51-56).

observaciones vinculadas al tema del carácter de los norteamericanos¹². Marshall pensaba entonces que había una clara conexión entre el desarrollo del carácter de los ciudadanos y su efecto en el desarrollo de la nación, y en Estados Unidos identificó un espíritu independiente e inventivo, una firme determinación en superar dificultades y tomar decisiones por sí mismos, una actitud proclive hacia una amplia movilidad geográfica, y una sociedad abierta, versátil, competitiva y colmada de iniciativa empresarial que transmitía energía y dinamismo. Se trataba además de una sociedad bastante más igualitaria que la británica –sobre todo cuanto más hacia el Oeste–, con la propiedad más repartida y sin rígidas distinciones de clase, y en la que la mujer era más autónoma¹³. Todo ello le hacía preferir Estados Unidos a Canadá, entonces bajo dominio británico, pese a las similitudes existentes entre ambos territorios¹⁴.

Marshall no visitó el Sur ni mostró ningún interés por la agricultura, la política local o los focos de poder como Washington. Más bien se centró en las zonas industriales y mineras que pudieran estar más afectadas por las tarifas arancelarias. Además, en Filadelfia y Nueva Inglaterra compró bastantes libros y panfletos relacionados con la economía americana y el proteccionismo¹⁵, y discutió sobre el tema con hombres de negocios y economistas, tanto partidarios del librecambio –por ejemplo, los académicos de Yale William Graham Sumner y Francis A. Walker (de quien llegaría a ser amigo de por vida)–, como defensores de las barreras arancelarias –en especial el anciano y célebre economista “popular” Henry Charles Carey, que moriría en 1879–. La proteccionista “escuela nacional” de economía (que además de Carey incluía nombres como los de Phillips, Smith y Thompson) no abogaba por un Estado regulador, pero sí ponía el énfasis en la idea de comunidad –más que en el *laissez-faire*– y reivindicaba los valores de la América rural de preguerra. Además, era muy crítica con algunos de los planteamientos de los economistas clásicos (el pesimismo del principio maltusiano de la población, la teoría de la renta de la tierra de Ricardo, la abstracción del “homo œconomicus”, etc.)¹⁶.

Sin embargo, Marshall no volvió de Estados Unidos convencido de los principios proteccionistas ni imbuido de ideales comunitarios, sino que –antes al contrario– tras su experiencia norteamericana se fue afirmando progresivamente en sus convicciones individualistas, librecambistas y favorables a la competencia de mercado. Por un lado, no le

¹² Las notas, cartas, papeles y libros de Marshall están recogidos en la *Marshall Library* de la Universidad de Cambridge.

¹³ Véase Marshall (1977, II: 364-376). También Marshall (1996: 71).

¹⁴ Marshall (1996: 72).

¹⁵ Para una completa relación de estos libros y panfletos, Butler (1989: 78-80).

¹⁶ Butler (1989: 89).

convencían los argumentos proteccionistas (los aranceles incrementaban el coste de vida para los más pobres, la prosperidad del país no podía explicarse esencialmente por la protección, etc.)¹⁷. Por otro lado, encontró en Estados Unidos una sociedad abierta que permitía el mayor desarrollo del individuo en un ámbito de libertad, y en muchos sentidos consideró que la América del momento representaba un futuro optimista en lo económico y lo social, anticipando lo que luego se iba a acabar experimentando en Inglaterra¹⁸. Es decir, el país ofrecía las virtudes de la competencia y la propiedad privada sin sufrir los males asociados a la pobreza extrema. Las empresas se veían continuamente inducidas a introducir mejoras y ofrecer más con los mismos o incluso menos recursos, y esa tendencia a la mejora de la productividad general significaba a la larga elevar el nivel de vida del conjunto de la sociedad: la competencia por los trabajadores obligaba a los propietarios a compartir con sus empleados los beneficios derivados de la mayor eficacia productiva en forma de mayores salarios, y asimismo los consumidores se veían favorecidos por la disponibilidad de productos más baratos y de mayor calidad. Este mensaje quedó ya claramente recogido en *Economía Industrial*, el libro que publicaría en 1879 junto a su mujer, Mary Paley¹⁹.

En definitiva, la experiencia norteamericana de Marshall tuvo en él un efecto significativo y duradero; no en el contenido de su teoría económica, sino a la hora de afianzar paulatinamente su orientación personal hacia el libre mercado y la economía pura, abandonando sus intereses previos en la reforma social activa y en la filosofía de carácter ético y metafísico, así como sus simpatías hacia el socialismo y la epistemología inductivista²⁰. Como afirmó Keynes, la profunda impresión que produjo en Marshall el viaje a América se iba a dejar notar en todo su trabajo futuro, no tanto por lo que efectivamente aprendió, sino por el hecho de saber qué cosas necesitaba realmente aprender. Además, el viaje le enseñó a ver las cosas en proporción y le permitió tomar conciencia de la próxima supremacía de los Estados Unidos, de sus causas y de la dirección que ésta tomaría²¹.

¹⁷ En la primera parte del manuscrito no publicado sobre *La teoría del comercio exterior* –escrita en buena medida después de su viaje a América– Marshall desmontaba sistemáticamente los argumentos proteccionismo (que sólo servía a los intereses de las industrias envejecidas impidiendo alcanzar el completo desarrollo del potencial americano), y dejaba la puerta abierta únicamente a la protección de la “industria naciente” (Butler 1989: 69-70; 122-129). Véase también Marshall (1977, II: 34, 39, 41).

¹⁸ Marshall (1977, II: 351-362). El cambio de visión de Marshall se observa ya, por ejemplo, entre un texto anterior al viaje a Estados Unidos, como las “Lectures to Women” (1873), y una conferencia dictada tras su regreso, “Some Features of American Industry” (1875), recogida en Marshall (1977, II: 355-377).

¹⁹ Nasar (2012: 106-107; 112-114).

²⁰ Véanse Whitaker (1972) y Butler (1989: 138). No obstante, Matsuyama (2011: 9-17) piensa que el viaje a Estados Unidos sí influyó directamente en las ideas económicas de Marshall, en concreto en relación a la localización industrial, la gestión del trabajo y la movilidad de la mano de obra entre regiones y empleos.

²¹ Keynes (1961[1933]: 144).

3. Dos fabianos en la meca del capitalismo industrial, 1898

Beatrice Webb había visitado Estados Unidos por primera vez en 1873, siendo aún la hija quinceañera de una familia rica. Como ella misma reconocía en su autobiografía, aquél había sido un viaje turístico, atravesando el país en ferrocarril de costa a costa en un recorrido muy parecido al que luego haría Marshall en 1875, y con visitas a maravillas naturales como las cataratas del Niágara y el valle de Yosemite, o a curiosidades como la ciudad de los mormones, Salt Lake City (Utah)²². Por entonces, aún quedaban algunos años para que Beatrice se convirtiera –junto a su marido Sidney– en uno de los puntales del socialismo fabiano, en una reconocida estudiosa de las cuestiones socioeconómicas, y en la promotora del que llegaría a ser uno de los centros universitarios más importantes del mundo en el ámbito de las ciencias sociales, la London School of Economics and Political Science (1895). Sin embargo, las tres cosas se habían hecho ya realidad en marzo de 1898, cuando Beatrice – que acababa de entrar entonces en la cuarentena– viajó por segunda vez a Estados Unidos con Sidney, a quien había conocido en 1890 y con quien se había casado en 1892. Poco antes de partir hacia América, en febrero, reconocía que se sentía encantada de ir de compras después de diez años de no haber tenido tiempo ni voluntad para pensar en tales cosas: “vestidos de seda y satén, guantes, lencería, abrigos de piel y todo lo que una señora de cuarenta años puede necesitar para inspirar en norteamericanos y colonos un auténtico respeto por los refinamientos del colectivismo”²³.

El viaje tuvo lugar justo después de que la pareja hubiera publicado las que quizá fueron sus dos obras más importantes –relacionadas con el movimiento sindical británico–, *Historia del Sindicalismo* (1895) y *Democracia Industrial* (1897), y cuando ambos estaban metidos en un nuevo proyecto de gran alcance sobre la historia del gobierno local en Inglaterra, que vería la luz progresivamente en diez volúmenes entre 1906 y 1929²⁴.

Por tanto, el viaje de los Webb a Norteamérica en 1898, que luego se prolongaría hacia Nueva Zelanda y Australia, puede ser visto básicamente como una especie de receso o descanso después del intenso trabajo intelectual de los años anteriores sobre las organizaciones sindicales. Pero aunque en principio fueran unas vacaciones, los Webb no

²² Webb (1979[1926]: 63-70). Sidney también había viajado por primera vez a Estados Unidos en 1888, donde estuvo tres meses (MacKenzie, 1983: 138).

²³ Webb (1975[1948]: 146).

²⁴ Aunque en el mismo año de 1898 también publicarían otra obra, *Problems of Modern Industry*, se trataba de una mera recopilación de ensayos previos que carecía de una completa unidad temática.

podían dejar de lado completamente su faceta de investigadores sociales. La atención del matrimonio estaba ya entonces centrada en cómo la tradición municipalista inglesa se había trasladado a ultramar²⁵, y eso iba a condicionar “su mirada”, es decir, se iba a dejar notar en un cierto desinterés hacia los aspectos más puramente económicos de la floreciente realidad americana, que en ese momento ya era claramente industrial, vivía un fuerte proceso de urbanización y estaba inmersa en la era de las grandes compañías que habían surgido –o irían surgiendo– justo por aquellos años (Singer, Standard Oil, American Tobacco, U.S. Steel, Du Pont, General Electric, Westinghouse, International Harvester, etc.). Es decir, las cosas habían cambiado notablemente respecto a 1875, cuando Marshall visitó un país aún esencialmente rural, donde la agricultura, la ganadería y –en menor medida– la minería, proporcionaban todavía la parte más importante de la renta nacional.

Sin embargo, los Webb no parecieron sentirse realmente atraídos por todo ello, ni siquiera se interesaron especialmente por la clase trabajadora americana, sus condiciones de trabajo, sus organizaciones y sus líderes –como hubiera cabido esperar tras sus dos últimos libros–, o por entrar en contacto directo con académicos importantes relacionados con el tema de la administración local. Es decir, de alguna manera perdieron la oportunidad de profundizar en ese gran laboratorio social que en aquel momento era Norteamérica. Aunque tuvieron acceso privilegiado a las más altas instancias oficiales y fueron invitados de honor en muchos hogares estadounidenses, no aprendieron nada en América, quizá porque fueron allí con una disposición aristocrática y condescendiente, una actitud de superioridad y suficiencia de saberlo todo ya²⁶. De hecho, al finalizar su viaje americano la conclusión de los Webb fue que el experimento social estadounidense no tenía mucho que aportar al resto del mundo²⁷. Ello resulta aún más sorprendente si se tiene en cuenta que, tras su posterior viaje de 1932 a la Rusia estalinista, los ya ancianos Webb publicarían un grueso volumen en el que calificaban entusiásticamente al comunismo soviético de “nueva civilización”²⁸.

²⁵ MacKenzie (1983: 137).

²⁶ Rose (2014: 15). Según subraya este autor, Beatrice se dedicó básicamente en su diario a hacer observaciones, casi siempre negativas o peyorativas en algún grado, sobre las personalidades con las que habló o se relacionó durante el viaje. Por ejemplo, de Teddy Roosevelt destacó su vulgaridad, del vicepresidente Garret A. Hobart su apariencia de “hombre corriente”, y del presidente de la Cámara de Representantes –Thomas Reed– su carencia de cultura alguna. No intentó entender, sino que simplemente se guió por las apariencias (MacKenzie, 1983: 138).

²⁷ Nasar (2012: 170).

²⁸ Véase Ramos Gorostiza (2010). Este diagnóstico crearía serias disensiones dentro del movimiento fabiano, que tradicionalmente se había venido presentando como una alternativa reformista entre el capitalismo individualista y el comunismo revolucionario, en tanto que proponía el progresivo avance hacia un socialismo democrático a través de la gradual transformación del propio sistema capitalista “desde dentro”.

Los Webb conocían personalmente a Marshall y, pese a considerarle excesivamente conservador en lo político, admiraban su obra teórica, si bien echaban en falta en ella un mayor componente histórico-institucional²⁹. El contraste más acusado entre las impresiones americanas de Marshall y las de Beatrice quizá radica en la muy diferente valoración que hicieron del carácter de los estadounidenses. Mientras Marshall quedó fascinado por él, Beatrice no. Ella creía que el país había asumido enseguida “el egoísmo pecuniario como único motivo impulsor”, que la impaciencia y la impulsividad eran los rasgos típicos de los norteamericanos, y que la rapidez de los desplazamientos y de la vida americana en general era un desperdicio de energía. A diferencia de Marshall, Beatrice “no relacionó esta «energía nerviosa» con la habilidad de los estadounidenses para gestionar, organizar y llevar a cabo los proyectos, ni entendió su amor al riesgo como un factor de innovación y movilidad social”. Según ella, el americano era inteligente pero poco intelectual y reflexivo, y tendía por lo común a la trivialidad³⁰.

Los Webb pasarían tres meses y medio en Estados Unidos, hacia donde se dirigieron a finales de marzo de 1898 en el *Teutonic*, de la compañía White Star, acomodados en un lujoso camarote. Visitaron Nueva York, Washington, Baltimore, Filadelfia, Ithaca, Harvard, Boston, Pittsburgh, Cincinnati, Chicago, Denver, Leadville, Salt Lake City y San Francisco. Y desde esta última ciudad partieron rumbo a Nueva Zelanda el 10 de julio³¹.

Nueva York le pareció a Beatrice una gran urbe desagradable y hasta hostil, llena de ruidos, tráfico y confusión, donde todo agredía los sentidos. No se sintió impresionada por las novedades y las maravillas de la tecnología –rascacielos, ascensores, teléfonos, trenes, señales eléctricas, etc.– ni tampoco por la amplia movilidad que facilitaban los transportes. Cuando los Webb llegaron a Washington, se vivía en la capital la tensión de la inminente guerra con España tras el hundimiento del *Maine* en Cuba, y pudieron hablar con el subsecretario de Marina –y futuro presidente– Teddy Roosevelt, que era un decidido partidario de la guerra. A Beatrice le complació su animada conversación, aunque lamentó su falta de interés hacia los asuntos de la administración local. También visitaron las dos grandes instituciones del gobierno, el Congreso –que horrorizó a Beatrice por su absurda extravagancia y el amateurismo de sus miembros– y el Senado –que le dejó indiferente–. En general, a Beatrice le desagradaron la vulgaridad y la corrupción que creyó percibir en la vida política de Estados

²⁹ Kaufman (2013: 765-777).

³⁰ Nasar (2012: 169); MacKenzie (1983: 142-144).

³¹ Harrison (2000: 315).

Unidos, si bien reconoció cierta vitalidad en la vida social del país, así como la amabilidad general³².

En el resto de ciudades de la costa Este –Baltimore, Filadelfia, Ithaca, Boston–, la parte más europea y culta del país, los Webb se interesaron por cuestiones de organización municipal y fueron agasajados y recibidos con hospitalidad. En cuanto a las universidades, no encontraron en ellas nada especialmente reseñable y en general sacaron una pobre impresión de los académicos norteamericanos, quizá con la única excepción de Woodrow Wilson, futuro rector de Princeton y luego gobernador de Nueva Jersey y presidente de Estados Unidos por el Partido Demócrata³³. En Columbia, cuya apariencia estaba entre la de “un hospital y la politécnica de Londres”, se entrevistaron con algunos economistas y profesores, y Beatrice equiparó a un catedrático de economía de la institución con un “maestro de escuela primaria”. Del profesor de economía de Cornell Jeremiah W. Jenks –que había estudiado en Alemania y hospedó amablemente al matrimonio en su casa de Ithaca–, señaló que haría mejor en dedicarse a distribuidor de grano o a comerciante de madera, calificando a su mujer y sus hijos como de “clase ultra media-baja”, “con un acento detestable”. Por su parte, Harvard y Vassar les dejaron fríos, y Yale –donde ya enseñaba Irving Fisher– fue descrita como “una universidad pequeña y convencional” por Beatrice, quien también consideró que el economista y abogado John Sherman –autor de la famosa ley antimonopolio de 1890– parecía “un tendero ambicioso y avasallador de alguna ciudad del Oeste”³⁴.

Otra de las paradas reseñables del viaje fue la industrial Pittsburgh, “un verdadero infierno” por su suciedad, ruido, humo, lamentable alcantarillado y pésima ordenación urbana. Estaba gobernada por “la más corrupta de las administraciones estadounidenses” que mantenía la ciudad en un estado de completo abandono, y ello pese a ciertas donaciones – como parques o bibliotecas– de los capitanes de la industria. Éstos, lejos de ser merecedores de admiración por haber levantado unos emporios industriales de alta productividad, fueron vistos por los Webb como arquetipos de *robber barons*, empezando por el magnate del acero Andrew Carnegie, que había prohibido toda iniciativa sindical y a quien Beatrice llamó en su

³² MacKenzie (1983: 139, 142); Harrison (2000: 316); Webb (1967: 27, 136-150). En el tema de Cuba, Sidney – que publicó un informe en prensa– veía claros intereses financieros y comerciales, pero su actitud de menosprecio hacia el imperialismo norteamericano convivía con su indulgencia hacia el británico (Harrison, 2000: 319-320).

³³ El favorable retrato que hizo Beatrice de este personaje en 1898 contrasta con la negativa visión del mismo que –más de veinte años después– ofrecería Keynes en *Las consecuencias económicas de la paz* (1919).

³⁴ Webb (1963: 10, 60, 68); Rose (2013: 15); Nasar (2012: 170-171). En las observaciones de Beatrice sobre la Universidad Howard para “gente de color” (en Washington D. C.), se dejaba notar su racismo: señaló que allí los alumnos eran “dolorosamente conscientes de su inferioridad racial” (Harrison, 2000: 318).

diario “el reptil”. Aunque no quisieron encontrarse personalmente con él, sí visitaron una gran fábrica de la Carnegie Steel –más tarde U. S. Steel– en Homestead (Pensilvania), y quedaron impresionados por el enorme tamaño de la planta, su novedosa y potentísima maquinaria automática movida por electricidad, y el drástico ahorro de mano de obra en la producción, hasta el punto de que, a primera vista, “el lugar parecía casi vacío de seres humanos”³⁵.

Chicago, que había vivido un intenso proceso de reconstrucción y crecimiento tras el gran incendio de 1871 y ya era generalmente considerada como una de las ciudades más punteras y representativas de Norteamérica, tampoco llamó la atención de los Webb, quizá porque Beatrice estuvo con fiebre. Curiosamente, lo que destacó Sidney fue “la basura y los desechos de algunos de los suburbios más hacinados del mundo”³⁶. En Denver Beatrice no estaba en buenas condiciones, aquejada de neuralgia y neurastenia, pero se refirió a los clubs federados de mujeres –que tenían allí una convención– como simples sociedades de ayuda mutua con poco más que buenas intenciones, pero sin ningún efecto real en la situación femenina³⁷. En los alrededores de la otrora próspera Leadville (Colorado), los Webb sólo encontraron los fuertes impactos ambientales de la pasada fiebre minera de la plata: un gran desecho acre, un vasto terreno en el que únicamente quedaban los tocones carbonizados de lo que en su día habían sido bellas arboledas. En Salt Lake City Beatrice apreció los progresos que esta localidad había hecho desde su primera visita, y la ensalzó como ejemplo de disciplina social y orden cívico: la primera ciudad que verdaderamente podía preciarse de su gobierno municipal. Finalmente llegaron a San Francisco coincidiendo con las fiestas del 4 de julio, y encontraron la misma sensación de ruido y tráfago que a su llegada a Nueva York; pero les gustó su cosmopolitismo y su diversidad, y la definieron como un lugar donde uno podía vivir sin la presión de la costumbre y la opinión pública³⁸.

Al margen de los datos que recopilaron sobre la administración local, la otra gran cuestión en la que los Webb pudieron estar interesados en su visita a Norteamérica era si allí también se apreciaba el progresivo y “natural” avance hacia el socialismo, tal como el propio Sidney había afirmado para el caso europeo en su contribución a los *Ensayos fabianos* (1889): el socialismo era inevitable, era una ola que de hecho avanzaba ya por toda Europa gracias a la paulatina extensión del sufragio y la creciente participación estatal en la vida económica³⁹.

³⁵ Nasar (2012: 169-170); Webb (1967: 89-93); MacKenzie (1978), carta a Catherine Courtney, 29.5.1898.

³⁶ Webb (1963: 105).

³⁷ MacKenzie (1983: 140-141).

³⁸ MacKenzie (1983: 141-142).

³⁹ Webb (1985[1889]: 59-60).

Sin embargo, si nos guiamos por el diario de Beatrice y las cartas del matrimonio, no parece que los Webb prestaran particular atención a esta cuestión durante su estancia en Estados Unidos, y ello pese a que –según los fabianos– la creciente concentración empresarial tendía a facilitar la eventual transición al socialismo, puesto que constituía una firme base organizacional e institucional para una eventual sustitución del mercado por el control colectivo bajo los auspicios de un sistema democrático parlamentario⁴⁰. Tampoco parece que los Webb se dedicaran a la labor de intentar influir en las élites norteamericanas a través de charlas y conferencias, pese a que uno de los declarados objetivos de los fabianos –según el lema “educar, agitar, organizar”– era propagar entre profesionales y clases cultas y dirigentes los planteamientos del fabianismo, con el fin de intentar favorecer a medio plazo la puesta en práctica de reformas de gobierno.

4. El primer contacto de Schumpeter con Norteamérica en 1913-14

Joseph Alois Schumpeter haría buena parte de su brillante carrera académica en Estados Unidos, en la universidad de Harvard, donde había sido profesor visitante en 1927-28 y 1930, y donde ya en 1932, en plena Gran Depresión, se convertiría en profesor ordinario, permaneciendo allí hasta su muerte en 1950. Entre renombrados compañeros como los economistas Taussig, Leontief, Haberler o Chamberlin, escribiría libros tan importantes como *Ciclos Económicos* (1939), *Capitalismo, Socialismo y Democracia* (1942) e *Historia del Análisis Económico* (póstuma, 1954); además, allí tutelaría a destacados estudiantes como Samuelson, Stolper o Sweezy y se casaría en terceras nupcias con su asistente de investigación, Elizabeth Boody Firuski. Pero mucho antes, casi veinte años atrás, Schumpeter había tenido su primera visión de Norteamérica en un momento económico muy diferente: el final de la Época Dorada, justo en vísperas de la Gran Guerra.

En efecto, el 4 de octubre de 1913 Schumpeter había zarpado solo desde Liverpool a bordo del *Lusitania*, iniciando así un año sabático que iba a aprovechar para visitar los Estados Unidos. Y es que había aceptado con gusto la invitación de la universidad de Columbia –donde John Bates Clark era catedrático– para ser profesor invitado durante el curso 1913-14, pues ello le permitiría romper con una situación personal poco satisfactoria.

⁴⁰ Véase Clarke (1985[1889]). Además, dada tendencia a la profesionalización de la gestión en manos de directivos asalariados, el paso a la propiedad pública de las empresas no tenía en principio por qué suponer un trastorno en su funcionamiento.

Por un lado, su primer matrimonio con Gladys Ricarde Seaver, una inglesa feminista y con simpatías fabianas, se había demostrado un fracaso poco tiempo después de celebrarse la boda en 1907, y este viaje de Schumpeter a América significaba certificar por fin la separación efectiva entre ambos. Por otro lado, Schumpeter había encontrado una fría acogida por parte de estudiantes y profesores cuando en 1911, con veintiocho años, había empezado a dar clases en la universidad de Graz como el catedrático más joven del Imperio Austro-Húngaro⁴¹; además, su gran obra, *Teoría del desenvolvimiento económico*, publicada ese mismo año y en la que había depositado grandes esperanzas, había recibido quizá menos atención de la profesión de la que él hubiera deseado, si bien la reseñas –incluyendo la de su maestro y mentor Böhm-Bawerk– había sido en lo esencial favorables.

En la invitación a Columbia como profesor de intercambio desempeñaron sin duda un papel importante dos artículos que Schumpeter había publicado previamente, uno general sobre los economistas norteamericanos y otro específico sobre la teoría de la distribución de Clark. A ello hay que añadir que Schumpeter era capaz de expresarse en un inglés impecable y de extenso vocabulario gracias a su esmerada educación, sus dilatadas lecturas, sus estancias en Inglaterra y Egipto, y su relación con Gladys. Él se comprometió a dar una serie de conferencias que iban desde “la teoría económica, la economía austriaca y la naturaleza y evolución del capitalismo, hasta los problemas de la democracia, el control de los precios (el plan monetario del profesor Fisher), la evolución social y los grandes economistas”⁴². Hasta tal punto las intervenciones de Schumpeter colmaron las expectativas de los académicos norteamericanos, que el rector de la universidad de Columbia le comunicó que sería nombrado *doctor honoris causa* sólo dos semanas después de su primera conferencia. Desde el primer momento el “joven y brillante austriaco”, de fuerte personalidad, porte elegante y modos aristocráticos y algo arrogantes, despertó la admiración y las simpatías tanto de los profesores más maduros (como Seligman o el mismo Clark), como de los más jóvenes (por ejemplo, Mitchell). Todos quedaron fascinados con su cosmopolitismo –pues en los últimos años había vivido en El Cairo, Londres, Czernowitz y Viena–, “su chispeante conversación y sus extravagantes costumbres, como la de dedicar una hora al día a arreglarse”⁴³.

El propio Schumpeter, por su parte, quedó también encantado con el caluroso recibimiento que se le ofreció en Nueva York. Además, pronto recibió nuevas invitaciones de otras universidades de la costa Este (Harvard, Yale, Princeton, etc.) en las que dictó

⁴¹ McCraw (2007: 79).

⁴² Allen (1995: 218).

⁴³ Nasar (2012: 222).

conferencias durante el otoño-invierno de 1913 y el comienzo de 1914, tomando contacto con economistas como Fisher, Taussig o Fetter, en cuyas casas se alojó y con los que llegaría a entablar una amistad de por vida⁴⁴. Decidió incluso asistir a la reunión anual de la Asociación Americana de Economía en Minneapolis (Minnesota), y aprovechó posteriormente para ir a California y visitar varias ciudades de la costa Oeste.

A punto de regresar a Europa tras cinco meses de intensa actividad, el 21 de marzo de 1914 escribió a Fetter para despedirse, complacido con el entusiasmo de los competentes economistas estadounidenses: “me llevo la impresión más positiva de hombres e instituciones. Verdaderamente este es un gran país y estoy terriblemente apenado de tener que dejarlo”⁴⁵. En sus amplios viajes en tren quedó sorprendido por las enormes distancias, la diversidad de climas y paisajes, los extensos bosques y las vastas tierras de cultivo norteamericanas que en Europa nunca había podido observar, y expresó a sus amigos que una América plenamente desarrollada comandaría el mundo en lo material y lo intelectual. Además, parece que admiró Estados Unidos por las libertades personales y de pensamiento, la curiosidad intelectual y la capacidad científica. Sin embargo, le decepcionó la cultura de un país que glorificaba el nivel medio, le irritaron las grandes ciudades por su arquitectura y su cruda estética, y no se sintió en absoluto impresionado por el sistema político⁴⁶.

En otro orden de cosas, los Estados Unidos pudieron parecerle también a Schumpeter –a primera vista– el hogar perfecto para el empresario de su teoría: un país dispuesto a probar cosas nuevas, abierto, confiado, con acceso a un crédito barato y abundante, un entorno institucional que garantizaba los contratos y los derechos de propiedad, y un amplio grado de libertad económica. Es decir, de algún modo el exitoso caso norteamericano –con su esquema de valores extraordinariamente favorable al mundo de los negocios– confirmaba sus creencias en la importancia de la empresarialidad y el crédito en la promoción del crecimiento económico⁴⁷. Pero Schumpeter, sin duda, pudo constatar al mismo tiempo la expansión y el creciente protagonismo de la gran empresa moderna en Estados Unidos, a una escala desconocida en Europa, incluso en Alemania.

Como mostró Chandler (1987), se trataba de un nuevo tipo de organización empresarial dirigida por una jerarquía de ejecutivos asalariados, en la que se daba la

⁴⁴ McCraw (2007: 83).

⁴⁵ Citado en Allen (1995: 226) y McCraw (2007: 83).

⁴⁶ Allen (1995: 224-5; 228).

⁴⁷ McCraw (2007: 82-83).

separación de propiedad y control junto a una estructura multifuncional, y en la que se acudía habitualmente a la financiación externa y se habían desarrollado métodos contabilidad de costes de tipo analítico. Había surgido inicialmente en los ferrocarriles norteamericanos a mediados del siglo XIX como respuesta a la complejidad de la gestión de las extensas redes de transporte, y desde entonces no había hecho más que extenderse hacia otros ámbitos de actividad, empezando por las telecomunicaciones. Pero además, a partir de 1870, como respuesta a un entorno cada vez más competitivo y siguiendo distintas estrategias de crecimiento empresarial según los sectores (integración vertical, acuerdos inter-empresariales, diversificación, etc.), se había producido en Estados Unidos una marcada tendencia a la concentración empresarial, de manera que para 1913 se habían creado oligopolios en la mayor parte de las industrias norteamericanas, en las que operaban empresas de gran tamaño⁴⁸.

Tal escenario, dominado por unidades industriales gigantes, casaba mal con la idea del empresario *individual* que Schumpeter había identificado como el agente fundamental del desarrollo económico a través de la innovación, utilizando de forma novedosa los recursos existentes; un líder o héroe “romántico” cuya motivación no era esencialmente pecuniaria o hedonística, sino “el ideal y la voluntad de fundar un reino privado”, “la sensación de poder e independencia”, “el impulso de lucha, de manifestarse como superior a los demás, de tener éxito por el éxito mismo y no por sus frutos”, “el gozo creador, de hacer cosas, o simplemente de ejercitar la energía y el ingenio”⁴⁹.

De hecho, el propio Schumpeter reconocía que con el progreso el empresario, tal como él lo concebía, tendía a extinguirse: “cuanto más exactamente lleguemos a conocer el mundo natural y social, cuanto más perfecto sea nuestro control de las cosas [...] la importancia del empresario deberá disminuir progresivamente”⁵⁰. Es decir, el progreso técnico hacía desaparecer la función empresarial y llevaba al predominio de la organización sobre los individuos, a la sustitución de la intuición por el cálculo, en tanto que progreso económico – que tendía a “despersonalizarse y automatizarse”– hacía desaparecer la resistencia al cambio económico, que había hecho que en los primeros tiempos la personalidad y la fuerza de voluntad fueran tan decisivas a la hora de innovar⁵¹:

“el progreso técnico se convierte, cada vez en mayor medida, en un asunto de grupos de especialistas capacitados [...] El romanticismo de la aventura comercial de los primeros

⁴⁸ Chandler (1987: 499-504).

⁴⁹ Schumpeter (1978[1911]: 102).

⁵⁰ Schumpeter (1978[1911]: 94-95).

⁵¹ Santos Redondo (1997: 117-119).

tiempos está decayendo rápidamente, porque ahora pueden calcularse con toda exactitud muchas cosas que antes tenían que ser vislumbradas en un relámpago de intuición genial”⁵².

En definitiva, el empresario schumpeteriano parecía tener los días contados en aquella Norteamérica de las grandes corporaciones que estaba tomando forma, donde “el trabajo de oficina y de comisión tiende a reemplazar a la acción individual” y donde “el trabajo racionalizado y especializado de oficina termina por borrar la personalidad, [y] el resultado calculable sustituye a la «visión»”⁵³. Por consiguiente, parece muy probable que Schumpeter (que por entonces acababa de hacer su gran aportación teórica vinculando el crecimiento al papel creativo de una “heroica” clase empresarial capaz de romper la inercia socioeconómica) se preguntase acerca del alcance efectivo de sus propias ideas, ante una realidad económico-empresarial que avanzaba con fuerza y era muy distinta a aquella otra que las había inspirado. De hecho, cuando en 1942 publicó *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Schumpeter certificó ya definitivamente la práctica desaparición del empresario innovador protagonista del capitalismo liberal de entre-siglos, y se dedicó a reflexionar en torno a las posibles consecuencias sociopolíticas de la preeminencia alcanzada por la gran empresa y el gigantismo industrial.

5. Conclusión

Los viajes a Estados Unidos de Marshall, los Webb y Schumpeter no sólo tuvieron lugar en momentos muy diferentes de la rápida transformación del país dentro de la Época Dorada del capitalismo (1875, 1898, 1913), sino que mientras la experiencia norteamericana dejó una huella perdurable en Marshall, resultó mucho menos decisiva para Schumpeter y apenas significó algo para los Webb. Quizá ello se deba a la distinta mentalidad o actitud con la que cada cual afrontó la visita: mientras que para el joven Marshall –que aún se estaba iniciando en el mundo de la Economía– se trató de un viaje de estudios largamente deseado, para los ya entonces consagrados Webb fue simplemente parte de un recorrido vacacional más amplio, y para Schumpeter constituyó básicamente la estancia académica de un brillante profesor visitante. En consonancia con lo anterior, Marshall viajó con clara voluntad de

⁵² Schumpeter (1978[1911]: 182)

⁵³ Schumpeter (1978[1911]: 182).

aprender, apertura de miras ante todo lo nuevo y distinto, y declarada admiración previa hacia el pujante país; los Webb, por su parte, adoptaron una actitud de desdeñosa superioridad, sin demasiado interés por lo que veían más allá de los asuntos de la administración local, como si la realidad socioeconómica norteamericana estuviera aún en un estado previo de desarrollo frente a la británica y no marcara ya la pauta a nivel mundial en su portentoso dinamismo; finalmente, Schumpeter se concentró en apuntalar su buena reputación como economista y entablar numerosos contactos académicos (que le serían de gran utilidad cuando se estableciera definitivamente en Estados Unidos como profesor en 1932).

En suma, tras el viaje americano las “enseñanzas” recibidas fueron muy dispares. Marshall, a la vista del moderno capitalismo estadounidense caracterizado por un incremento continuado de la productividad que podía permitir mejoras sociales generalizadas, fue afianzando su orientación personal hacia la competencia y el libre mercado, y se centró en elaborar la teoría económica neoclásica abandonando muchos de sus intereses previos (reformismo social, simpatías socialistas, consideraciones éticas y orientaciones inductivistas). Los Webb, sin embargo, concluyeron que el experimento social estadounidense no tenía mucho que aportar al resto del mundo; ni siquiera se interesaron en particular por los aspectos sociolaborales –en los que eran especialistas–, ni reflexionaron con cierto detenimiento sobre el significado que la era de la gran empresa podría eventualmente tener en la gradual transición hacia un socialismo de corte democrático en Norteamérica –cuestión que sí parecía ser relevante para los fabianos en referencia al caso europeo–. Por último, Schumpeter pudo vislumbrar que la tendencia a la progresiva desaparición de la “heroica” figura del empresario innovador, que él mismo había apuntado en su libro de 1911, se vivía ya de manera acelerada en Estados Unidos antes de la Primera Guerra Mundial bajo el dominio del gigantismo industrial: la organización impersonal, el cálculo racional y el trabajo especializado en oficinas y comisiones estaban acabando con el empresario individual schumpeteriano que, gracias a su excepcional intuición, “visión” y personalidad, había sido anteriormente el encargado de introducir la innovación en el sistema económico, sacándolo de su letargo y forzando su transformación.

Referencias bibliográficas

ALLEN, Robert L. (1995): *Joseph Schumpeter*, Valencia: Edicions Alfons El Magnànim.

- BUTLER, Robert William (1989): *The history of the future: Alfred Marshall's American tour, 1875*, Durham theses, Durham University. En línea: <<http://etheses.dur.ac.uk/6535/>>.
- CHANDLER, Alfred D., Jr. (1987): *La mano visible. La revolución en la dirección de la empresa norteamericana* [1977], Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- CLARKE, William (1985), "Industrial" [1889], en *Ensayos fabianos. Escritos sobre el socialismo* [1889], Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, pp. 87-122.
- GROENEWEGEN, Peter D. (1995): *A Soaring Eagle: Alfred Marshall 1842-1924*, Londres: Edward Elgar.
- GROENEWEGEN, Peter D. (1996): "Alfred's Marshall *Principles of Economics*: a centenary perspective from the antipodes", en J. Cunningham Wood (ed.), *Alfred Marshall: Critical Assessments. Second Series*, Londres: Routledge.
- HARRISON, Royden J. (2000): *The life and times of Sidney and Beatrice Webb: 1858-1905, the formative years*, Nueva York: St. Martin's Press.
- KAUFMAN, Bruce E. (2013): "Sidney and Beatrice Webb's Institutional Theory of Labor Markets and Wage Determinism", *Industrial Relations: a Journal of Economy and Society*, 52 (3), pp.765-791.
- KEYNES, John Maynard (1961): "Alfred Marshall", en *Essays in Biography*, Londres: Mercury Books, pp. 125-217.
- LICHT, Walter (1995): *Industrializing America: The Nineteenth Century*, Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- MacKENZIE, Norman (ed.) (1978): *The Letters of Sidney and Beatrice Webb. Vol. 2: Partnership, 1892-1912*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MacKENZIE, Norman y Jeanne (ed.) (1983): *The Diary of Beatrice Webb. Vol. 2: 1892-1905: All the Good Things of Life*, Londres: Virago – LSE.
- MARSHALL, Alfred (1977): *Early Economic Writings of Alfred Marshall*, 2 vols., editados por John K. Whitaker, Nueva York: The Free Press.
- MARSHALL, Alfred (1996): *The Correspondence of Alfred Marshall, Economist. Vol. 1: Climbing, 1868-1890*, editada por John K. Whitaker, Cambridge: Cambridge University Press.
- MATSUYAMA, Naoki (2011): "The source of Marshall's thoughts on economic progress with a focus on his study of American industry", *The 24th Conference of the History of Economic Thought Society of Australia*, Melbourne, 5-8 de julio. Disponible en línea en <http://www.hetsa.org.au/hetsa2011/conference_papers/>

- McCRAW, Thomas K. (2007): *Prophet of Innovation: Joseph Schumpeter and Creative Destruction*, Cambridge (Mass.) y Londres: Harvard University Press.
- NASAR, Sylvia (2012): *La Gran Búsqueda. Una Historia de la Economía*, Barcelona: Debate.
- PIGOU, Arthur C. (ed.) (1956), *Memorials of Alfred Marshall*, Nueva York: Kelley and Millman.
- RAMOS GOROSTIZA, José L. (2010): “El socialismo fabiano ante la planificación centralizada: el viaje de Beatrice Webb a la Rusia estalinista”, *Información Comercial Española*, nº 852, marzo, pp. 39-58.
- ROSE, Kenneth D. (2014): *Unspeakable Awfulness. America through the Eyes of European Travelers, 1865-1900*, Londres y Nueva York: Routledge.
- SANTOS REDONDO, Manuel (1997): *Los economistas y la empresa. Empresa y empresario en la historia del pensamiento económico*, Madrid: Alianza.
- SCHUMPETER, Joseph A. (1978): *Teoría del desenvolvimiento económico* [1911], México: Fondo de Cultura Económica.
- SCHUMPETER, Joseph A. (1996): *Capitalismo, Socialismo y Democracia*, Barcelona: Folio.
- WEBB, Beatrice (1963): *Beatrice Webb's American Diary, 1898*, editado por David A. Shannon, Madison: The University of Wisconsin Press.
- WEBB, Beatrice (1975): *Our Partnership* [1948], editado por Barbara Drake y Margaret I. Cole, Londres: London School of Economics.
- WEBB, Beatrice (1979): *My Apprenticeship* [1926], Cambridge University Press.
- WEBB, Sidney (1985): “Histórico” [1889], en *Ensayos fabianos. Escritos sobre el socialismo* [1889], Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, pp. 57-85.
- WHITAKER, John K. (1972): “Alfred Marshall: The Years 1877 to 1880”, *History of Political Economy*, 4 (1), pp. 1-61.